



Frente a todos nuestros miedos: la única mujer rebelde es la que arde

Enríquez, Mariana (2016): *Las cosas que perdimos en el fuego*. Buenos Aires, Anagrama, pp. 199.

Ma. Celeste Cabral*

Mariana Enríquez (Buenos Aires, 1973), aclamada como “la escritora más joven del país”, lanzó su primera novela hace más de dos décadas (*Bajar es lo peor*, 1995). A siete años de su primer libro de cuentos (*Los peligros de fumar en la cama*, 2009) llega el segundo, *Las cosas que perdimos en el fuego*, editado en febrero de 2016.

Su obra es celebrada por considerarse una renovación del género del terror en la literatura argentina. Pero antes de adjudicarle semejante título –tan merecido como peligroso–, vale la pregunta: ¿Qué es lo que viene a renovar Enríquez? ¿Existe en la literatura argentina una tradición del género del terror? ¿Hubo en algún momento un cultivo de ese género de manera específica? Podemos hacer rápidamente el ejercicio y pensar en algunas zonas sombrías al margen del canon. Frente a la hegemonía del fantástico con sede en el grupo Sur, la literatura de Mariana Enríquez aparece como una de sus derivas posibles, como continuadora de algunas de esas líneas. Seguramente su admiración por esas formas de lo oscuro habrá motivado la publicación de una biografía de Silvina Ocampo [1], pero eso no es todo.

Las versiones siniestras de la niñez de la literatura de Ocampo reaparecen en estos cuentos con personajes como Adela, una amputadita manipuladora que obliga a sus vecinos a meterse en una casa abandonada. Colegialas conspiradoras y cínicas conviven con otras opciones más propias del hampa: niñas de la calle abandonadas en refugios de menores, villeritos deformes e idiotas, o el “chico sucio” mendigo del subte que vive con su madre adicta al paco en un colchón en la vereda.

* Ma. Celeste Cabral es graduada de la carrera de letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente es estudiante y becaria de posgrado en la Maestría en Historia y Memoria (también en FaHCE – UNLP). El núcleo de sus intereses de investigación es la violencia en la narrativa argentina y latinoamericana contemporáneas. Además se desempeña como docente en escuelas y en diferentes espacios no formales: talleres literarios con niñxs, talleres de discusión con jóvenes, talleres para docentes y estudiantes de carreras docentes, entre otros.

macelestecabral@yahoo.com.ar

En *Las cosas que perdimos en el fuego* aparece además otra marca registrada de Silvina Ocampo, la exageración. Mariana Enríquez sostiene esa mueca como un gesto heredado y sus cuentos se preguntan qué sucede más allá del límite en cualquier situación. Si las adolescentes angustiadas se tajan las muñecas, aquí se arrancan uñas, cabello y pestañas. Si la contaminación ambiental genera cáncer, aquí provocará una comunidad mutante del mejor cine Z. Las historias juegan con la tensión entre la normalidad y sus extremos en una literatura exagerada e irónica que provoca gracia y terror.

El libro actualiza ese toque magistral pero por supuesto, la gracia está en que no se queda ahí. Su lenguaje exagerado se expande hacia nuevos territorios y otras cronologías, dando forma a una versión caótica o bizarra de la historia argentina. El espectro del petiso orejudo, “el lado oscuro de la orgullosa Argentina del Centenario” (2016: 87), asedia a un guía turístico que quiere ascender de clase social. Los fantasmas de la dictadura asolan una hostería de provincia construida sobre un cuartel de policía, que por las noches se llena de camiones militares asustando adolescentes. Como un telón de fondo aparecen los años de la hiperinflación y los 90 del “uno a uno”, mientras tres amigas se evaden con antidepresivos, cocaína, y LSD más todo el alcohol que quede a su alcance, porque los adultos las aburren. Cuando llega el turno de la violencia urbana actual, el realismo crudo se combina con lo sobrenatural: detrás de los andenes de Constitución, narcos y brujos hacen sacrificios humanos en altares a San La Muerte y el Gauchito Gil. Un cura villero y una fiscal judicial quedan atrapados en un ritual pagano de los mutantes del riachuelo. El fantasma de un nene de la calle que se prostituía en el tren trastorna a la asistente social que lo descuidó.

El lector comienza a preguntarse: ¿Qué da miedo en los cuentos de Mariana Enríquez? Y es que, por un lado, el conflicto social se expresa en escenas brutalmente realistas: aparecen las voces de las travestis que se prostituyen en el barrio, o “el aliento a hambre, dulce y podrido como una fruta al sol” de los drogadictos (2016: 31). Sin embargo en cada historia el verosímil estalla y el efecto de terror se hace carne en esa mezcla indiferenciada, la unión de lo que debe permanecer separado: lo real y lo sobrenatural; la clase media y sus otros. Mariana Enríquez explora nuestros miedos en todas sus dimensiones, el terror metafísico pero también aquel otro, el que el manual del buen progre impide confesar. Porque si hay algo que aprendimos en las ficciones fundacionales de América Latina [2] es a negar el racismo, el eurocentrismo, y –ya que estamos– el machismo de nuestros pueblos.

Una última cuestión resulta llamativa, y es la cantidad de mujeres que aparecen en el universo de Mariana Enríquez. Hay mujeres misteriosas, como la mujer salvaje de una reserva natural que embruja

adolescentes; como las morochas de pueblo que conectan con espíritus y tiran las cartas. Aparecen también las de tipo realista: villeras embarazadas consumidas por la droga; madres primerizas de clase media que pierden la cabeza por el miedo a la muerte; amigas que juran pactos de sangre contra los hombres; adolescentes que deben ocultar su lesbianismo; colegialas que experimentan la autoflagelación; mujeres violadas por los militares de Stroessner; ancianas que desaparecen en situaciones de trata. El libro está poblado de víctimas de todo tipo, pero nos muestra también formas de la resistencia. Una joven clase media vive en el corazón de Constitución para desafiar a su familia; una abogada persigue policías corruptos; Paula planea abandonar a su pareja y Natalia tiene varios novios y amantes, aunque la acusen de puta. Incluso aparece un hotel perdido en Formosa, atendido únicamente por mujeres que vengan misteriosamente a los maridos infames.

“Las cosas que perdimos en el fuego”, el cuento que da título al libro, aparece como la síntesis de esta lectura posible. Luego de una epidemia de femicidios por incineración con alcohol, un grupo de autoconvocadas comienza a concentrarse en juzgados y hospitales. Una sobreviviente con la cara desfigurada por las cicatrices lanza ante las cámaras de TV un interrogante, que se transforma en desafío: “Si siguen así, los hombres se van a tener que acostumbrar. La mayoría de las mujeres van a ser como yo, si no se mueren. Estaría bueno, ¿no? Una belleza nueva” (2016: 190). A partir de entonces las consignas victimizantes que ruegan “basta de quemarnos” quedan en el olvido y del #NiUnaMenos las mujeres pasan a la acción. Pero no salen a cortar pijas, porque no buscan venganza ni son violentas. Silvina y su madre, mujeres maduras comunes y corrientes, fundan las “Mujeres ardientes”, una organización secreta que se propone combatir los cánones de belleza con la exageración literal heredada de la otra Silvina, la escritora Ocampo. Clandestinamente inician un movimiento de mujeres que se incinera voluntariamente en ceremonias de hogueras. Como esa consigna feminista que dice “somos las hijas de las brujas que no pudiste quemar”, las mujeres no quieren morir, sino mostrar sus cicatrices y convencer a muchas más hasta alcanzar el “mundo ideal de hombres y monstruas” (2016: 196). Silvina circula por Buenos Aires traficando antibióticos como las abortistas que difunden el Misoprostol, mientras se pregunta si ella sería capaz de incinerarse.

Como en los cuentos anteriores, las *Mujeres ardientes* de Mariana Enríquez son la puesta en abismo de todos nuestros miedos. ¿Cómo se inculcó en nosotras el vértigo a quemar todo mandato? ¿Somos capaces de desnudarnos, de mostrar las cicatrices? ¿Qué hay detrás de la hoguera? ¿Cómo es el salto al abismo? ¿Cómo es vivir sin ocultar nuestra temida monstruosidad?

Notas

[1] Nos referimos a *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*.

[2] En su libro *Ficciones fundacionales*, Doris Sommer reconstruye los modos en que las grandes novelas nacionales de varios países de América Latina –en su mayoría escritas durante el siglo XIX, momento de consolidación de los estados nacionales luego de las guerras de independencia– tramitan “sus proyecciones de conciliación nacional a través del deseo de los amantes que transgreden barreras tradicionales tanto raciales como regionales” (Sommer, 2004: 14).

Bibliografía

Doris Sommer (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.

Enríquez, Mariana (1995): *Bajar es lo peor*. Buenos Aires, Espasa Calpe.

Enríquez, Mariana (2009): *Los peligros de fumar en la cama*. Buenos Aires, Emecé.

Enríquez, Mariana (2014): *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales.

Enríquez, Mariana (2014): *Alguien camina sobre tu tumba*. Buenos Aires, Galerna.

Enríquez, Mariana (2016): *Las cosas que perdimos en el fuego*. Buenos Aires, Anagrama.